

Dos mujeres

La señorita Rebeca

Tenía en el rostro la pálida desazón de los cirios baratos, de los altares sin creyentes, y unos ojos pequeños y parpadeantes, muertos para el entusiasmo. La señorita Rebeca era una voz ronca y dura, de pasos largos y vestido gris. Mujer de un solo gesto. Su vida transcurría entre la puntualidad impecable del horario de oficina y una que otra función cinematográfica. También solía ir los domingos a misa. Habitaba en un departamento alquilado del cuarto piso, en un edificio donde el tiempo había descascarado el color de las paredes y carcomido el borde de las gradas de la escalera. No tenía ascensor. Disponía de tres habitaciones, la sala, el comedor y la cocina, sin contar el baño pequeñito; donde la limpieza y el orden severísimos que había impuesto agrandaban el silencio y ese aire sin mancha de la soledad.

La señorita Rebeca celebraba, cada veinticuatro de febrero su cumpleaños. Se festejaba a sí misma, en el dormitorio, sentada en el taburete frente al espejo del tocador. La luz anaranjada de la bombilla eléctrica daba a la habitación la discreta penumbra de las fiestas íntimas. Ella y su imagen en el espejo brindaban entre sonrisas sin alegría, hasta quedar dormidas de puro borrachas.

—Salud, Rebeca —decía levantando la copa.

—Rebeca, salud —volvía a decir, respondiéndose en la imagen del espejo.

En la severidad de su rostro moría cualquier afecto que pretendiera llegarle al corazón. Le bastaba con no querer a nadie, y nada le importaba que nadie la quisiera. Sus compañeros de oficina la sentían como una tarde entoldada, turbia, aplastante. A veces también era un viento sofocante, un bochorno de arenal. Más que una mujer, era un clima, una estación estancada del tiempo. El traqueteo imperturbable de su máquina de escribir alargaba las horas. Sin embargo, nadie podía acusarla de una maldad concreta, ni siquiera de un intento de maldad. Sólo era eso, una monotonía, un pozo seco. Así como no sabía querer, tampoco sabía odiar. Simplemente era una distancia.

—Salud, Rebeca.

—Rebeca, salud —se decía, como en otras noches semejantes, aquella víspera del veinticuatro de febrero, mientras esperaba que dieran las doce. De pronto, dejó el taburete frente al espejo del tocador y encendió la música antigua del tocacasset. Se soltó los botones de la blusa y empezó a bailar, incluso acompasó la melodía castañeteando los dientes al ritmo del vals, tal como si lo hiciera con las teclas de su máquina de escribir. Trastabilló, y sus manos buscaron en vano algo en qué apoyarse. Entonces el cuerpo se le derrumbó contra el espejo, que se agrietó como el agua cuando una piedra la rom-

pe. La señorita Rebeca se irguió con rapidez, con la vertiginosidad propia de quien se apresura a levantarse para evitar ser descubierta en una postura ridícula. Se tendió sobre la cama, y no pudo evitar, por más que se empeñó en lograrlo, que el sueño le cerrara los ojos.

—Feliz cumpleaños —se dijo con desgano al despertar.

El escozor que sintió sobre una aleta de la nariz la llevó frente al espejo agrietado. Aproximó la cara lo más que pudo, para mirarse bien. Apartó con brusquedad los cabellos que le caían sobre el rostro, y los ojos enrojecidos se le agrandaron de espanto. El escozor era una escama. La arrancó con las uñas, y percibió el dolor inconfundible que producen las desgarraduras. En el lugar de la escama desprendida se abrió una llaga sangrante, que la señorita Rebeca aplastó con el dorso de una mano, y fue a sentarse al borde la cama. El escozor seguía ahí, creciendo, estirándose hacia la punta de la nariz. Pensó en las malas consecuencias de la borrachera y en lo mezquina que es la vida cuando se cobra el más pequeño desliz. No pudo evitar que las uñas volvieran a rascar el escozor. Y esta vez ya no encontró una sino dos escamas en la aleta de la nariz. Las arrancó con violencia, sin que le importara el dolor, y se puso a examinarlas aterrada. Corrió a meterse bajo la ducha. Ni siquiera entibió el agua. La dejó que le cayera fría sobre el cuerpo, pero resultó poca cosa para borrarle de los ojos la imagen de las dos escamas en la aleta de la nariz. Aquel día era su cumpleaños, y bien podría echarse a descansar sin la mortificación de horario alguno, era la costumbre de la oficina, la ley. Pero se le agolparon en el alma los cristianos miedos de su infancia y, cubriéndose las llagas con un pequeño círculo de gasa que afirmó con esparadrapo, trotó apresurada rumbo a su máquina de escribir, a la oficina.

—Feliz cumpleaños —la saludaron, sin que nadie se atreviera a preguntarle por lo que le había sucedido en la nariz.

—Gracias —respondió la señorita Rebeca, y sus dedos empezaron a correr raudos sobre las teclas de su máquina.

—Qué raro olor —dijo el del escritorio vecino, olfateando el aire en una dirección imprecisa, como la dirección del olor.

La señorita Rebeca se estremeció al oír aquellas palabras, y por primera vez, en todo su tiempo de servicio inalterable, los colegas de la oficina la vieron llevarse un pañuelo a la frente y creyeron advertir en su rostro cierta sombra de turbación. El sudor le brotaba como perlas de aceite.

—Hay que abrir las ventanas —dijo el conserje, tomando la decisión de abrirlas, caminando hacia ellas.

—Al contrario —alegó un vozarrón, y aseguró que aquella pestilencia no podría venir de otro lugar que no fuera la calle.

La señorita Rebeca empezó a sentir que los puntos de escozor le brotaban también en las rodillas. Tuvo miedo de llevarse las uñas hacia ellas. Luego percibió que también era a lo largo de la espalda. La expresión del rostro se le endurecía aún más por el esfuerzo que le costaba aplacar el furor de las uñas que pugnaban por irsele tras aquellos terribles escozores. El temor de hallarse con nuevas escamas la hacía temblar.

—Este olor es un asco —volvió a quejarse el del escritorio vecino.

Las horas se eternizaban. Y apenas repicó el timbre de fin de jornada, salieron atropellándose hacia el reloj, que junto al tarjetero de la puerta de salida controlaba la asistencia.

La señorita Rebeca llegó realmente fatigada a su departamento. Frente al espejo se quitó la venda de la nariz y se aligeró de ropas, como era su costumbre en aquella intimidad. Las grietas del espejo le mostraron muchas escamas. Primero soltó un llanto entrecortado, asmático, luego un alarido sin fin. Dio rienda suelta al ímpetu de sus uñas, que resultaron insuficientes para calmar el escozor que se le derramaba por todo el cuerpo. Entonces cogió la escobilla de refregar ropa, y con ella se estuvo rascando debajo del chorro hirviente de la ducha, desescamándose. La señorita Rebeca ya no pudo diferenciar entre el agua humeante y las lágrimas que se le derramaban de los ojos.

—Es una pesadilla —se repetía una y otra vez extenuada.

Y se dejó arrastrar por los caminos del recuerdo. Quizás en alguno de esos rincones de su vida pudiera encontrar algún motivo que diera sentido a aquella maldición. Pero todo era un desierto sin el menor misterio, sin la menor novedad. Quizás aquella fuga de su hogar. Pero de eso ya hacía tanto tiempo que sólo llegó a la convicción de vislumbrar apenas en ese inmenso arenal que era su vida en el recuerdo, y tras una enorme lejanía, las pálidas figuras de una pareja de viejos que no la acusaban de nada. Ni siquiera se sintió huérfana después de que ellos se murieron. Pues, cuando eso sucedió, hacía ya mucho tiempo que ella había dejado la casa y ellos, entregados a los avatares de Dios, jamás se lo reprocharon. «¿Por qué entonces todo esto?», se preguntó.

—Es una pesadilla —volvió a decirse como respuesta, con un grito, como intentando despertarse.

Ya no volvió jamás a la oficina, donde ni siquiera se convirtió en una ausencia.

Los vecinos del cuarto piso del edificio, alarmados por cierto hedor y el encierro tan prolongado de la señorita Rebeca, llamaron a la policía y, al fin, echaron la puerta. En el departamento no encontraron a nadie, salvo a un pez grande y solitario que nadaba de uno a otro extremo de la tina colmada de agua.

La sinfonía de Aranjuez

Maribel espera en la estación de Aranjuez. Cuando en el Jardín del Príncipe dan las cuatro de la tarde, el corazón de Maribel es una muchedumbre. Ella está en su cita, y él a punto de llegar. Sus miradas brincan entre los rostros de quienes descienden del tren. Y el tren que vino se va. Maribel está al borde de las lágrimas. Pero la fortaleza de aquel amor nacido para perdurar la convierte en la mujer irreductible contra cuya esperanza nada han podido las reflexiones ni las iras de don Aristóbal. Maribel descubre, en la fuente de la plaza, que el murmullo del agua es la cara buena de la monotonía. Las palomas están ahí porque ellas también son parte del silencio perpetuo de las estatuas. La tarde crece, y ella se reparte entre las alcobas de los solitarios. Maribel

es delgada, tiene los cabellos largos y la mirada inquieta, como si en lugar de ojos tuviera peces, cuando ríe con su cabellera suelta de mujer desnuda entre las caricias de sus fugaces dueños, Maribel baila al compás de la sinfonía que todas las tardes, a las cuatro, la llena de rubores en la estación de Aranjuez.

Él, que se adueñó de ella en una plaza sin nombre, vendrá, cumplirá su promesa. Los mentirosos se delatan, siempre persiguen algo, y ella es para él la única ambición. Maribel aprendió, en su cita de amor, que la soledad existe, y que ésta es la presencia del que va a venir. Cuando él se despidió rogándole que lo esperara a las cuatro de la tarde en la estación de Aranjuez, Maribel encontró el lugar y la hora de su felicidad. Poca importancia tienen los hechos que han venido sucediendo en su derredor: la muerte del príncipe, la huida a Egipto, la caída del imperio romano, el descubrimiento de América, la llegada del hombre a la Luna, el silencioso entierro de don Aristóbal, a quien ella prodigó el cariño que toda hija debe a su padre. Maribel tiene sus razones. Maribel espera todos los días, a las cuatro de la tarde, en la estación de Aranjuez.

Jorge Díaz Herrera.